

EL DERECHO A DEFENDER LA PATRIA:

MUJERES SOLDADO ESTADOUNIDENSES EN LA GUERRA DE SECESIÓN¹

The Right to Defend the Motherland: American Women Soldiers in the Civil War

Montserrat Huguet

Universidad Carlos III de Madrid

Ed. Freeman
Rank, *First Lt.* *Ed. Freeman*
Company, *Special Hospital*
Ed. Freeman
Admitted *Nov. 12, 1862*
To *No. 11, U. S. A. Gen'l Hosp.,*
Leavenworth, Ky.
Ref'd to duty 18
Discharged 18
Disch'd from service *Discharged* 18
Sent to G. H. 18
On furlough 18
Died 18
Remarks: *Went to hospital*
Leavenworth, Mo. Remained
there 16 weeks.
Ky. Reg. No. *11* Ill. No. *11*, Page *1*

Documento de exención para un soldado con incompatibilidad sexual. (NARA, Records of the Adjutant General's Office, 1780's—1917, RG 94)

Woman Soldier in 95th Ill.



ALBERT D. J. CASHIER
OF
COMPANY G, 95TH ILLINOIS REGIMENT
Photographed November, 1904



ALBERT D. J. CASHIER
OF
COMPANY G, 95TH ILLINOIS REGIMENT
Photographed July, 1903

Soldado Albert D. J. Cashier (Biblioteca Histórica del Estado de Illinois USA)

¹ Montserrat HUGUET, *Pre print*, CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA, Granada 15-16 septiembre, 2012, taller 4, *TRADICIONES POLÍTICAS EN REVISIÓN: ESTADOS UNIDOS DESDE LOS MOVIMIENTOS POR LOS DERECHOS CIVILES HASTA EL "TEA PARTY"*. Coordinadoras: Aurora Bosch (Universidad de Valencia) y Carmen de la Guardia (Universidad Autónoma de Madrid).

Resumen

En la actualidad es bien conocido el impulso que la Guerra de Secesión dio a los movimientos de mujeres y al activismo en los Estados Unidos. Tanto el Ejército Confederado como el de la Unión prohibieron su alistamiento, pero no pocas chicas se disfrazaban de chicos y se camuflaban en la tropa. La fama de estas jóvenes vestidas de guerreros se difundió, aunque enseguida cayó en el olvido. Los antecedentes de este episodio se hallan en la marcha del país durante las décadas de 1820 a 1860 hacia una sociedad abierta e igualitaria; en el proceso de participación de las mujeres en el desarrollo cívico, su impulso al abolicionismo y la participación en la organización de la producción del país. La singularidad de este caso rompe los tabúes a propósito de las mujeres y su pasividad en los procesos nacionales del siglo XIX. Para el conocimiento de esta particular historia ha sido fundamental el intenso trabajo de rehabilitación de la memoria hecha por los historiadores, mediante la recuperación de archivos –algunos periodísticos- y su difusión.

Palabras Clave

Historia de los Estados Unidos, Siglo XIX, 1820-1864, Mujeres, Soldados, Activismo, Derechos, Democracia, Movimiento Antiesclavista, Guerra de Secesión, Educación, Producción y Crecimiento.

Abstract

There is well known the impulse that the Civil War gave to the women's movements and activism in the United States. The Confederate Army and the Union one prohibited their enrollment, but there were not few girls that disguised themselves as boys and got camouflaged in the troop. The reputation of these young women dressed in warriors spread, though immediately they were forgotten. The precedents of this episode are situated in the history of the country during the decades from 1820 to 1860, towards an open and equal society; the participation of women in the civic development, their impulse to the abolitionist movement and to the organization of the production of the country. The singularity of this case breaks the false idea about the women and their passiveness in the national processes of the 19th century. For the knowledge of this particular history there has been fundamental the intense work of rehabilitation of the memory than historians have made, by means of files recovery –some of them journalistic ones- and its diffusion.

Key Words

History of the United States, 19th century, 1820-1864, Women, Soldiers, Activism, Laws, Democracy, Antislavery Movement, Civil War, Education, Production and Economic Growth.

1. La marcha hacia una sociedad abierta, igualitaria.

Entre 1815 y 1861 Estados Unidos creció en términos espacial y material, formándose lo que los americanos definirían programáticamente a lo largo de su historia como una sociedad libre, abierta e igualitaria². La noción de cambio continuo aplicada a la vida práctica derivó en la permanente posibilidad de igualitarismo social que afectaba fundamentalmente a los varones blancos adultos con derecho al voto, constructores del sistema de poder y social conocido como Democracia Jacksoniana³. Durante aquellas décadas se construían grandes negocios con la facilidad y rapidez con que se perdían, fortunas industriales o comerciales de un solo hombre y su familia, germen de un orden social fluido muy favorecedor del progreso económico del país.

La era jacksoniana⁴, años veinte a sesenta, (1829-1837, la presidencia) ha sido definida –y también mitificada- como la de un *pueblo en movimiento*, precisamente por el deseo generalizado de lucrarse, prosperar o de alcanzar metas sociales, siempre en la justificación moral que deriva de la conciencia del trabajo bien hecho. La Revolución había marcado la pauta de un movimiento de clases en el que las personas ascendían a los estratos superiores por la práctica de sus aptitudes y el aprovechamiento de las oportunidades. Nada pues más inconveniente al caso que el sedentarismo y la rigidez en los hábitos. Las urbes –gestoras de la industria y el comercio- crecían en número de habitantes, requerían mano de obra para los servicios y atraían población no siempre cualificada que, precisamente por falta de preparación, perdía oportunidades de prosperar.

Ser rápido y creativo en el aprendizaje de las nuevas profesiones urbanas o de los oficios (importación y exportación, ventas y corredurías, seguros y transportes, etc.) era un talento apreciado y bien remunerado. Así que los jóvenes se desplazaban y gestaban su propia suerte y riqueza arriesgándose a casi todo. Y precisamente por ello, el igualitarismo estaba a la orden del día ya en la década de los años cuarenta, lo que contribuyó al incremento de las posibilidades sociales de todos los varones blancos, algo que –lejos aún de la moderna democracia- no sucedía sin embargo en Europa. La nivelación social se afianzaría con la guerra civil en los sesenta, afectando ya en las

² También *blanca*, ver: BOSH, A.: “Efectos sociales y políticos de la guerra: Blancos, libres e iguales”, en *Historia de los Estados Unidos, 1776, 1945*, Barcelona, Crítica, ed.2010. p.32.

³ HUGUET, M.: “Democracia Jacksoniana y discontinuidad histórica”, en *Pasado, presente y futuro de la Democracia*, RES PÚBLICA, Revista de Filosofía Política, 2009, Pp.151-159.

⁴ REMINI, R.V.: *The Jacksonian Era*, reedición US, Publ. Harlan Davidson, 2008.

últimas décadas del siglo XIX a los miembros de otros grupos de población, mujeres y algunos negros principalmente. Los extranjeros que viajaban por el país escribían a propósito de la nivelación social. Harriet Martineau⁵ por ejemplo –una Tocqueville femenina de la época que vivió en los Estados Unidos entre 1834 y 1836- dio testimonio del igualitarismo, rechazando si acaso la condición vergonzante a la que se tenía sometida a *la gente de color*.

La familia era institución central del progreso, incluso de la motivación para el éxito material –prosperidad- que se inculcaba a los jóvenes y al que las chicas no eran en absoluto ajenas⁶. En el seno familiar, los pequeños aprendían de los padres a juzgarse a sí mismos según sus logros y estos tenían principalmente la dimensión de los negocios. Desde el segundo decenio del XIX y hasta la Guerra Civil, la opinión pública del país incidía en que el éxito de las empresas⁷ era la consecuencia del buen desarrollo de las cualidades personales. El esfuerzo personal sumado a las prácticas proteccionistas procuraron las bases ideológicas del así llamado modelo americano. La propaganda del éxito, fundamentado en la autoconfianza, en el tesón y en la frugalidad de las costumbres, fue intensa en el tercer decenio del siglo cuando el país pasaba por una etapa de crecimiento acelerado que demandaba mano de obra. En el periodo anterior a la guerra se produjo el gran salto en los medios de transporte, se ampliaron los mercados internos y se incrementó el volumen de población. Más población urgida por la ética del éxito personal, acentuaba el desarrollo del capitalismo, la presión sobre el territorio y los cambios de rol social. En definitiva, crecían los incentivos para prosperar y enriquecerse incluso allí donde, muy lejos de la costa Este, la naturaleza daba a las familias de colonos todo cuanto necesitaba para sobrevivir. Pero limitarse a sobrevivir no estaba ya bien visto, juzgándose esta actitud vital contraria a los principios que hacían a la nación virtuosa.

⁵ MARTINEAU, H.: *Society in America*, III vols. Londres, Ibotson & Palmer, 1837. Muy interesante, la recientemente editada por Linda H. PETERSON: *Autobiography* de la propia Martineau, Toronto, 2007. Una biografía de esta ensayista, novelista, socióloga, y viajera: HILL, M.R. HOECKER-DRYSDALE, S.: *Harriet Martineau: Theoretical and Methodological Perspectives*, UK, Routledge, 2002.

⁶ Algo que ya apunta A. de TOCQUEVILLE, en *Democracia en América*, ed. en inglés, GRANT, S. E. (Ed): *Democracy in America*, Indiana, Ed. Hackett Publishing Comp. Inc., 2000, vol II. PP. 213-14.

⁷ PHILIPS, K.P.: *Wealth and Democracy. A political History of the American Rich*, Broadway Books, 2003.

La historiografía americana ha considerado siempre que la instrucción y la educación jugaron un gran papel en el desarrollo del país⁸, por encima de cualquier otro factor. Más difícil resulta determinar si al referirnos a educación limitamos el vocablo a los términos de la tecnología y la formación profesional, o ampliamos el fenómeno a otro tipo de estudios académicos. Ya a mediados del siglo XVIII, Benjamin Franklin en *Proposals Relating to the Education of Youth in Pennsylvania* (1749) sostenía que el país necesitaba elementos prácticos en la educación académica. Y aunque era temprano para que este tipo de ideas prosperase, no por ello fueron desoídas. Las matemáticas, la agricultura, el comercio, la navegación o la geografía se incorporaron a las enseñanzas de las primeras universidades fundadas en Nueva Inglaterra, véase por ejemplo Columbia. Se buscaba la conexión de las culturas científica y humanística (letras), la instrucción en artes útiles y tareas mecánicas para robustecer a la par manos y mente. En su relato de viajes por Norteamérica, Charles Dickens escribiría (1842) a propósito de la Universidad de Cambridge, manifestando su admiración por el vínculo entre la formación y la vida real o práctica extrauniversitaria:

*“Muchos miembros de la alta burguesía de Boston (...) han estudiado en esta misma universidad. A pesar de los defectos que puedan tener las universidades americanas, no difunden prejuicios, no crean fanáticos, no desentierran las cenizas de viejas supersticiones, nunca se interponen entre las personas y su formación, no excluyen a nadie por sus creencias religiosas, y, sobre todo, durante el periodo completo de estudio e instrucción, reconocen que hay un mundo, y además un ancho mundo, más allá de las paredes de la universidad.”*⁹

Con todo, muchos de los jóvenes caballeros con capacidad económica, seguirían –al estilo europeo de la época- recibiendo solo lecciones de latín y griego, o de filosofía moral.

Como fuere, destaca el fenómeno de la temprana alfabetización ligada al progreso¹⁰, al igual que el desarrollo de eficientes procesos de instrucción para ocupar los modernos puestos fabriles, de los que no se excluía a las mujeres. En los valores

⁸ La importancia del capital humano en el modelo de crecimiento americano estuvo presente en los estudios a propósito del crecimiento estadounidense tras la II Guerra Mundial: Edward DENISON, *The sources of Economic Growth in the United States and the Alternatives Before Us*, Committee for Economic Development, Supplementary Paper, nº13, New York, 1962, asumiéndose por válida esta perspectiva también para el siglo anterior.

⁹ DICKENS, Ch.: *Notas de América*, Barcelona, Ediciones B, 2012, p. 44.

¹⁰ ZBORAY, R. J.: “Numeracy, the News and the Self Culture”, cap. 9, en, *A Fictive People: Antebellum Economic Development and the American Reading Public*, Nueva York, Oxford Univ. Press, 1993. Pp. 122-136.

igualitarios instituidos durante el periodo revolucionario, los padres de la nación –cada uno a su manera- ya habían hecho hincapié en la difusión del conocimiento. En la *Defence of the Constitution of the United States*, (1787) el presidente John Adams declararía que toda la gente de la república debía recibir instrucción y que la dotación de las escuelas habría de hacerse con fondos públicos, algo que se consiguió gracias al temprano y progresivo, aunque dificultoso, establecimiento de los impuestos. La escuela gratuita fue instaurada primeramente por ley en Pensilvania en 1834, aunque no se generalizó ni mejoró en su valoración global hasta la década de los años setenta. Las escuelas gratuitas proliferaron enseguida, si bien dotadas bajo mínimos y con rendimientos cuestionados por los expertos en las décadas centrales del siglo XIX. Las exigencias de la nueva nación eran altas y, confundidas en ocasiones con meros centros de caridad, era lógico poner en cuestión la eficiencia de las escuelas públicas a la hora de instruir.

La deriva hacia el utilitarismo en la educación general fue también temprana, y trajo consigo la aparición de centros de enseñanza secundaria y de academias (unas 1300 en todo el país hacia 1860), destinadas a la expansión de técnicas y métodos prácticos ligados al conocimiento teórico. Cundieron el orgullo a propósito de la destreza manual y la tendencia a excluir de las fábricas a los menores de catorce años en las áreas industriales de Nueva Inglaterra. En el primer tercio del siglo XIX se dio la interacción entre educación profesional e innovación técnica referente a las actividades de la economía real del país, siendo verosímil un horizonte de mejora más atento al desarrollo minucioso de los elementos del proceso productivo que a proyectos de gran calado innovador. Esta peculiaridad convenía a la implicación de miles de personas, jóvenes en su mayoría y no siempre varones, que en la práctica cotidiana tenían en sus manos la posibilidad de mejorar (en las granjas, los molinos, las manufacturas, las escuelas) el conjunto. En este modelo, el ingenio surgiría de un esfuerzo colegiado y anónimo –propiciado por la escasa y dispersa población- y facilitaría el así llamado *progreso mecánico*, en el último tercio del siglo.

Sorprendieron en las Exposiciones Universales de mediados de siglo (Londres 1851, Nueva York 1853) las muestras de la maquinaria americana, las técnicas empleadas en las manufacturas y la instrucción práctica y eficiente de los oficios, la adaptabilidad de los trabajadores a la división del trabajo, su facilidad para cambiar, para moverse por la amplia geografía nacional atendiendo a las oportunidades de éxito económico. Los obreros y obreras de la América temprana eran autosuficientes –la tradición de la transmisión del conocimiento en el seno de las familias extensas ayuda al caso- en las tareas artesanas, interesados en aprender los procesos íntegros de la

producción, tan útiles a para ahorrar costes y ante la escasez de operarios en la extensa geografía alejada de los centros urbanos e industriales. En las granjas, los chicos trabajaban la tierra, cuidaban el ganado y fabricaban –investigando a su manera la mejora- muchas de las herramientas que necesitaban, en tanto las chicas se ocupan de las múltiples tareas domésticas que abarcaban desde la elaboración del pan y la mantequilla hasta la alfabetización de los niños.

Pero el eficiente sistema casero integrado –aprendizaje de números, letras, religión y técnicas- desbordaba a los padres que terminaron por confiar la educación de los pequeños a instituciones docentes. A lo largo de todo el país en crecimiento desde comienzos del XIX se fundaban escuelas de diverso tipo: parroquiales muchas, evangélicas principalmente, unas costeadas por los padres, otras por las comunidades, o por los Estados de la Unión... En la idea de fomentar la *aplicabilidad* del conocimiento a los fines comunes de la vida, en 1823 se fundó la primera escuela tecnológica: *el Liceo Gardiner*, a la que siguió la muy reputada Escuela Rensselaer, 1824, (Nueva York), pensadas para atender la formación práctica en los distintos ámbitos profesionales de la industria, el comercio o la moderna agricultura. Ambas escuelas, fueron precursoras del *Curso Científico* impartido en las principales Universidades¹¹, véanse la de Harvard o la de Yale, ambas en 1847. Desde los años veinte proliferaron también por todo el país los Institutos de Mecánica, las bibliotecas técnicas... Instituciones orientadas a cubrir las necesidades de los usuarios de las así llamadas *artes útiles*¹², también para las mujeres y en el ámbito de la educación superior¹³. Su financiación doble: estatal y filantrópica, mostraba el camino a un modelo de notable éxito. El fenómeno de las *escuelas nocturnas* fue importante en la etapa previa a la guerra civil. A ellas acudían personas atareadas durante toda la jornada, hombres y mujeres necesitados de alfabetización o de mejorar sus conocimientos técnicos y académicos por exigencias laborales.

Hacia 1850 el núcleo del sistema educativo en sus tres niveles: primaria, secundaria y universidad, estaba ya formado. Desde un modelo fundacional disperso, en el que eran los padres los que aportaban los fondos directamente para la educación primaria de sus hijos, se impuso la enseñanza pública y gratuita, expandiéndose este modelo progresivamente hacia la secundaria en los años sesenta y tras la Guerra Civil a

¹¹ Una síntesis útil y reciente, THELIN, J. R.: *A History of American Higher Education*, John Hopkins Univ. Press, 2ª ed. 2011.

¹² GEIGER, R. L. (ed): *The American College in the Nineteenth Century*, US, Vandervildt Univ. Press, 2000, pp. 153-159.

¹³ GEIGER, R. L. (ed): *The American College in the Nineteenth Century*, Op. Cit, pp. 169-196.

la superior. Ciertamente este costosísimo modelo no pudo implantarse de un modo equilibrado en todo el país, pero sí en la mayor parte, al considerarse que la inversión en *capital humano* era más que rentable.

La instrucción pública fue pues un factor de acceso personal indiscutible a la prosperidad en un país dominado ya a mediados del siglo XIX por la filosofía del éxito. Tanto que la tradición americana del siglo XX atribuyó precisamente a la historia de la inversión en enseñanzas e instrucción la disponibilidad de la población a desplazarse – viajar- y adaptarse a la demanda de trabajo, facilitando con ello la mejora de la productividad y las posibilidades de innovación. La construcción de un modelo educativo orientado a génesis de oportunidades se hizo conjuntamente con las reformas que atendían las causas generales del liberalismo tanto en América como en Europa: el control y la reducción de la jornada laboral (diez horas), las revisiones de cárceles, instituciones mentales, asilos y orfanatos, por supuesto el abolicionismo y los derechos civiles de las mujeres. Pero sin él, sin el modelo educativo y la implicación de las mujeres, todas las reformas hubieran tenido una suerte bien distinta.

2. El activismo y las mujeres: de la producción y al abolicionismo

Las mujeres no tenían derecho al voto. Ni siquiera restringido a propósito del censo, a comienzos de siglo y siguiendo la pauta del de Nueva York (1777), todos los Estados prohibieron votar a las mujeres. Pero la implicación cívica de las mujeres estadounidenses en la primera mitad del siglo XIX tuvo dos áreas de actuación muy señaladas que amortiguaban su marginalidad pública: la participación en la producción fabril y el impulso al fin de la esclavitud como herramienta de producción en extensas áreas del país. Me referiré brevemente a ambas.

Ya en las primeras décadas del siglo, las mujeres tuvieron una relación con el mercado laboral en absoluto habitual en otras sociedades coetáneas. Ciertamente, y aunque las mujeres respondieron a la necesidad de mano de obra para la producción moderna, el trabajo femenino era poco demandado pues las manufacturas caseras se iban reemplazando por la industria fabril. En Nueva Inglaterra sin embargo las jóvenes, instruidas por sus familias en la ética del trabajo, pronto verían que su presencia en las fábricas no tenía por qué comportar ningún tipo de riesgo moral. Los fabricantes establecieron las fábricas lejos de las áreas urbanas, proclives a su juicio a albergar formas de trabajo *degradadas* (indolencia, lascivia, violencia) y, en connivencia con las autoridades, mantenían el orden en el entorno, evitando por ejemplo la proliferación de tabernas, construyendo iglesias y escuelas, y ofreciendo a las familias de las trabajadoras parcelas de tierra en las que albergar una producción agrícola para el

autoconsumo o el comercio local. Las hijas de granjeros respetables ocupaban, de este modo, puestos de trabajo considerados respetables, propiciándose la intervención de las mujeres en la producción nacional que desde 1816 se vio reforzada por legislaciones arancelarias proteccionistas. El rechazo inicial de los fabricantes de Nueva Inglaterra por los gustos extranjerizantes además, convenía a la sobria ética de laboriosidad y sin duda también al papel cívico que se esperaba cumpliesen las mujeres en relación a la industria y la modernidad.

El acceso a la política fue más difícil para ellas que su implicación en el sistema industrial. Puesto que las mujeres carecían del derecho al voto, optaron por acudir a la interpretación de la ley natural que decía que todos los individuos -en adelante ciudadanos- estaban en posesión del derecho de petición y que los legisladores o representantes de la nación estaban obligados a escuchar y darles respuesta. En 1835 algunas mujeres *honorables* pero sobre todo blancas y libres explicitaron un derecho que les fue reconocido como elemental, el derecho de *petición*. Al hacer uso de él las mujeres no pedían nada para ellas mismas. Sus peticiones eran relativas a la abolición de la esclavitud apelando al sentimiento cristiano y compasivo. La esclavitud –aducían– eran un pecado inconsecuente con los preceptos religiosos que guiaban la nación. Con cierta inocencia, estimaban las mujeres que el uso de este derecho natural de petición podía alterar sustancialmente el estado de las cosas. Sin embargo, en 1837 la Cámara de Representantes decidía que los esclavos no eran ciudadanos y por lo tanto carecían del derecho de *petición*.... No así las mujeres, a las que se reconocía su condición ciudadana pese a que se tratara de un tipo de ciudadanía, la suya, *diferente*. La campaña de petición antiesclavista iniciada en 1835 fue una de las primeras iniciativas de una serie en la que mujeres de condición burguesa –blancas y favorecidas por un cierto desahogo económico, madres muchas de ellas¹⁴- plantearon al Congreso¹⁵ y a la opinión pública.

La prohibición del voto no significaba inhibición política. Las mujeres disfrutaban de su capacidad para debatir en los encuentros que propiciaban el asociacionismo en instituciones como la famosa *Sociedad Antiesclavista de Mujeres de Concord*¹⁶, Massachussets. En una sociedad que tendía al crecimiento y la opulencia, se daba la

¹⁴ GILPIN FAUST, D.: *Mothers of Invention: Women of the Slaveholding South in the American Civil War*, North Carolina Press, 2010 (1ª ed. 1996).

¹⁵ La documentación relativa a esta magna iniciativa está en la actualidad custodiada por el proyecto: *Our Mothers before Us*, radicado en el Outreach Branch, Center for Legislative Archives, (Senado de los EEUU), Main National Archives Building in downtown Washington, DC.

¹⁶ PETRULIONIS, S. H.: *The Antislavery Movement in Thoreau's Concord*. Ithaca, NY, Cornell University Press, 2006.

alianza entre las demandas de ciudadanía, raza y género¹⁷. Muchas mujeres del sur habían emigrado al norte para promover la causa antiesclavista y denunciaban el horror de la separación de familias, la venta y el rapto de niños negros. Las autoridades tuvieron que enfrentarse al desarrollo de la capacidad comunicativa de las mujeres a través de las peticiones. En 1837 las hermanas Grimké, Sarah y Angelina, cursaron una gira de conferencias para hablar de la esclavitud y en 1838 Sarah Grimké publicaba sus "*Cartas sobre la igualdad de los sexos y la situación de la mujer*"¹⁸, mientras Angelina presentaba diez mil peticiones antiesclavistas ante la cámara legislativa de Massachussets. En conjunto, entre 1831 y 1865 se presentaron al Congreso unos tres millones de firmas de mujeres de petición antiesclavista, cuya finalidad era abrir el debate para hacer posible la abolición¹⁹. Firmaban sus peticiones como *female inhabitats, habitantes femeninos* de la comunidad ciudadana de la nación. La autoestima de las peticionarias crecía, de manera que en los años cuarenta ellas se autoproclamaron *Women of América* (Mujeres de América). La opinión pública las denominaba de manera más modesta, sencillamente *Ladies* (señoras).

3. El derecho a defender la patria: voluntarias camufladas de soldados (1861-1865)

También en relación con la Guerra Civil estadounidense se ha pensado tradicionalmente –si bien estudios recientes matizan esta visión– que las mujeres tuvieron un papel restringido al mantenimiento del hogar y la intendencia en la retaguardia. Ciertamente fue así en términos generales, no obstante lo cual muchas mujeres tomaron parte en las acciones bélicas y sufrieron prisión o murieron a cuenta de las heridas, entendiendo la defensa de la patria como un derecho ciudadano²⁰. La prohibición explícita de ambos ejércitos, el Confederado y de la Unión, de que las mujeres formaran parte de la tropa no impidió el que muchas escondieran su sexo para actuar como los hombres en la guerra²¹. En el frente, al igual que los hombres, eran *cocineras o enfermeras* sin necesidad de ocultar su condición. En aquel modo de guerra

¹⁷ Ver AMIDON, K.S.: "Carrie Chapman Catt and the Evolutionary Politics of Sex and Race, 1885-1940", en *Journal of the History of Ideas*, Vol. 68, nº2, 2007, pp. 305-328.

¹⁸ GRIMKÉ, S.: *Letters on the Equality of the Sexes and the Condition of Woman*, dirigidas a Mary S. Parker, presidenta de la Boston Female anti-Slavery Society. Boston, Isaac Knapp, 1838, pp. 10-16.

¹⁹ Ver ZAESKE, S.: *Signatures of Citizenship. Petitioning, Antislavery, and Women's Political Identity*, University of North Carolina Press, 2003.

²⁰ ROSSELAND, G.M.: *Women soldiers of the American Civil War*, East Stroudsburg University of Pennsylvania, 2006.

²¹ Una buena historia –compendio de biografías fundamentalmente con material gráfico y documental– sobre este aspecto de la guerra civil americana es el libro de Bonnie TSUI: *She Went to the Field: Women Soldiers in the Civil War*, Globe Pequot, 2006.

las funciones de los soldados eran múltiples y por lo común todos valían para casi todo. Uno de los puestos más usuales para las mujeres sin embargo en la guerra civil fue el espionaje. Harriet Tubman, Pauline Cushman, Mary Elizabeth Browser, son tres de los más de trescientos nombres conocidos al respecto²². Las tres lograron sobrevivir. Harriet y Mary Elizabeth, eran mujeres negras del sur. La primera trabajó para la Unión liberando cientos de esclavos, pero nunca recibiría el justo precio por su acción en forma de una pensión digna. La segunda, era esclava en una familia *antiesclavista*, y con ella ayudaba a los prisioneros unionistas a escapar de la cárcel. También del Sur, Pauline, que espío a favor de la Unión, era una reputada actriz blanca. Su labor consistía en desenmascarar a los espías confederados y a punto estuvo de ser ahorcada por ello.

Numéricamente y en comparación con la actividad masculina la lucha de las mujeres en esta guerra fue irrelevante, ya se ha dicho. Sin embargo no es esto lo que importa. Importan los individuos, su motivación y peripecias. Con respecto a la lucha en el frente²³, hay casos muy bien documentados. Por ejemplo el de Henry Clark, o Mary Ann, divorciada con dos hijos y brava teniente en el ejército confederado, que por alguna razón no camuflaba su condición de mujer, según relatan los soldados en sus cartas familiares. También, el caso de un pequeño grupo de caballería bajo el mando de Sheridan cuyo descubrimiento se debió a las maniobras de resucitación de algunas de las chicas jinete a punto de ahogarse en un río. Con todo, de este episodio debe quedar el que, una vez salvadas, nadie anotase sus nombres o filiación, manteniéndose el asunto en el anonimato de las protagonistas. ¿Se avergonzaron quizá los escribas de que tan notable caballería estuviera montada por mujeres y no por varones como hubiera cabido esperar? La circunstancia de que los ejércitos no quisieran reconocer su presencia en la inscripción de voluntarios ha impedido conocer los datos exactos de la participación de mujeres, si bien las diferentes fuentes –recopiladas desde comienzos del siglo XX y que incluyen cartas y diarios de las protagonistas- estiman centenares el número total. Mary Livermore –activista y escritora- menciona la estimación cerca de cuatrocientas en el ejército unionista²⁴. Livermore fue directora *Sección de la United States Sanitary Commission* durante la guerra, que se creó para atender las carencias del deficiente servicio médico y sanitario del ejército, y organizar las donaciones de comida, ropa, y a los voluntarios. Algunas de las jovencitas tomadas por chicos

²² TENDRICH FRANK, L.: *Women in the American Civil War*, Vol. 1, US, Ed. ABC-CLIO, 2008, Pp. 29-35.

²³ BLANTON, D.A., COOK, L. M.: *They Fought Like Demons: Women Soldiers in the American Civil War*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2002.

²⁴ LIVERMORE, M.: *My Story of The War. A Woman's Narrative of Four Years Personal Experience As Nurse in the Union Army* Hartford: A.D. Worthington and Company, 1888.

volverían a casa, sanas y salvas pese a las heridas que los médicos les trataban en hospitales de campaña²⁵, sin que nadie descubriese su condición. Podría ser el caso, el de la primera menstruación que está a punto de revelar el sexo de una niña disfrazada de tamborilero:

“Cuando le llegó el turno al tamborilero, (Emily, la enfermera) lo acompañó (...) cogiéndolo de la mano. Era una mano suave, pequeña. (...) cuando lo pusieron en una mesa y los enfermeros (...) le acercaron unas tijeras a los bajos del pantalón, él lanzó un alarido e intentó levantarse, escurriéndose y chillando, retorciéndose igual que un potro salvaje (...) “A solas con Pearl (el nombre real del tamborilero), Emily Thompson le quitó el pantalón y le enjugó la sangre de la pierna. ¿Sabes qué es esto? Si, señora. ¿Es la primera vez? Ajá. ¿Te duele? Qué va. No hay por qué asustarse, ¿verdad? Pearl no se asusta por tan poco. Ahí te creo, repuso Emily, mirándola a los ojos. Y las dos mujeres se sonrieron.”²⁶

Otras chicas serían enterradas junto con los cadáveres de sus camaradas en fosas anónimas, cuya apertura reciente las ha recuperado en su género aunque no en su identidad individual.

Pese a lo que pueda parecer la situación no era en absoluto un secreto y quizá se consintiese mientras nadie la mencionase:

“Siendo como eran las condiciones en campaña, Pearl (que acompaña a al general Sheridan) no pudo guardar su secreto mucho tiempo. Pronto (...) los (...) miembros del Estado Mayor tuvieron sobradas razones para convencerse de que este extraño muchacho, parco en palabras y taciturno, era en realidad una muchacha. (...) Llegados a este punto, prevaleció el sentimiento de protección (...) los oficiales acordaron ocultar el secreto de Pearl (...)”²⁷

El constreñimiento de los hábitos culturales de la época procuraba sin embargo eludir un tema que, no obstante había de ser tratado abiertamente cuando tras la batalla se enterraba a una mujer identificada como tal. Mary Stevens Jenkins por ejemplo fue una adolescente que en el ejército de Pensilvania recibió todo tipo de heridas sin que nadie se percatara de que era una chica durante los dos años que permaneció en el ejército, experiencia compartida por Mary Scaberry, alias Charles Freeman (Ejército de la Unión, Ohio, 1862).

²⁵ Un tema clásico es el de los comienzos de la medicina de urgencias en los hospitales de campaña durante la Guerra de Secesión americana, los así llamados *Médicos de Azul*. Ver WORTHINGTON ADAMS, G.: *Doctors in Blue: The Medical History of the Union Army in the Civil War*, (1952), reeditado reprinted Baton Rouge: Louisiana State, 1996.

²⁶ DOCTOROW, E.L.: *La gran marcha*, (2005), Barcelona, Roca, 2006, pp. 96-97.

²⁷ DOCTOROW, E.L.: *La gran marcha*, (2005), op. cit., p. 90.

Se pensaba que “*Las mujeres no hacían la guerra: no salían al galope blandiendo espadas y proclamando a gritos el honor y la libertad*”²⁸. Porque ¿qué sabían estas chicas de la lucha armada? ¿Cuál era en realidad su formación militar? En teoría, a diferencia de sus hermanos, ellas no sabían disparar fusiles, luchar cuerpo a cuerpo o lanzar cuchillos al enemigo emboscado. Estas niñas habrían aprendido a limpiar una casa, a alimentar a los pequeños o, en el mejor de los casos, a ayudar en el laboreo en el campo. Al menos sabían hacer algo práctico, pues muchos chicos que se alistaban voluntarios movidos por el espíritu romántico de la guerra, poco habituados a las faenas de la intendencia doméstica por pertenecer algunos a familias urbanas o terratenientes, tampoco tenía experiencia militar, ni tan siquiera habían descuartizado un ave en su vida. La idea de la falta de preparación de las mujeres para la guerra nace falseada desde su inicio casi siempre, pues no hay datos que justifiquen que los chicos sin instrucción militar están mejor preparados para el combate. Ambos, mujeres y hombres, aprenderían las miserias de la guerra hombro con hombro, y este aprendizaje conjunto serviría para construir un país distinto en términos de identidad política individual y social.

En la documentación, la tenacidad de las chicas por incorporarse a filas se expresaba en los comentarios de las fichas militares. En ellas se las designa como *sexualmente incompatibles con el ejército* y se resuelve su regreso a casa una vez desenmascaradas. No existe sin embargo un conocimiento claro del rango militar que alcanzaron las que consiguieron eludir el control inicial o de las hazañas bélicas que protagonizaron, temas que la historia no acaba de atender. Se tienen no obstante datos que reflejan el estado civil de las mujeres. Mientras las soldados del Sur estaban en su mayoría casadas, dos tercios de las de la Unión eran jovencitas solteras²⁹.

Siendo las voluntarias niñas de dieciséis y diecisiete años, se disfrazan ciertamente de hombres -“*This lady dressed in men's clothes*”- en un tiempo en el que, a falta de pruebas fiables de identidad, el aspecto lo es todo en la ubicación social de las personas, logrando pasar desapercibidas en la tropa de adolescentes. Los ejércitos manejaban la edad mínima de 18 años para aceptar reclutas, sin embargo no tenían pruebas fiables de la edad de los chicos. Los adolescentes menores de esta edad podrían tener un tono agudo de voz –como el de las chicas- lo que les facilitaba a ellas pasar desapercibidas, máxime si se ocultaban bajo ropas holgadas, los pechos vendados y el pelo más corto, al estilo de los hombres. Por lo general, los jóvenes

²⁸ DOCTOROW, E.L.: *La gran marcha*, (2005), op. cit., p. 37.

²⁹ MC CURRY, S. “Women numerous and armed: Gender and the politics of subsistence in the civil war south” en WAUGH, J., GALLAGHER, G.W. (eds): *Wars Within a War: Controversy and Conflict Over the American Civil War*, The University of North Carolina Press, 2009, p.3.

voluntarios y reclutas se sometían a pruebas de capacidad auditiva o visual muy someras, siendo descartados para el servicio solo aquellos con evidentes signos de retraso mental. La parte de la acción teatral era añadida por las chicas que adoptaban poses masculinas en el comportamiento o el habla. Siendo tan jóvenes, el vello facial no era un problema, pese a lo cual algunas se camuflaban con bigotes o barbas falsas. Las condiciones del combate –la dureza de la vida cotidiana y la ausencia de higiene– facilitaban la adquisición de la rudeza que posiblemente les faltara en el momento de introducirse en la tropa.

Bajo estos ardides, la muy afamada hoy Sarah Emma Edmonds Seelye (alias Franklyn Thomson) en Michigan, o Albert D. J. Cashier servirían un largo periodo y toda la Guerra respectivamente. Sus casos, ya digo, están muy bien documentados. El de Edmonds es curioso porque desertó cuando contrajo la malaria a fin de no ser descubierta en el hospital militar. El de Cashier, que se alistó con diecinueve años y luchó los cuatro años de guerra, guarda además elementos novelescos. La joven, de origen irlandés, vivió toda su edad adulta como hombre pese a su menuda complexión. Incluso llegaría a alojarse en el Hogar del Soldado, en Illinois. Su identidad salió a la luz en 1913, dos años antes de fallecer (a los noventa y dos años) descubierta por un cirujano. La prensa tuvo material para buen número de artículos en los que se debatía a propósito del engaño y de las razones por las que una inmigrante sin recursos se había jugado el pellejo en escaramuzas y batallas sin levantar una sola sospecha entre sus camaradas. Debió de sentirse tremendamente decepcionada, esta *lady* cuyo nombre femenino nunca fue pronunciado o hecho público.

El caso de las mujeres del Sur llama especialmente la atención de los historiadores americanos, que abundan en la idea de que no existía en ellas (mujeres amas de casa, blancas y pobres en su mayoría) conciencia feminista por lo que a la consecución de derechos civiles se refiere. Se rompe con su ejemplo la dicotomía tradicional en la que vemos a mujeres sufragistas o peticionarias por un lado, y mujeres patrióticas defensoras del mantenimiento del modelo socioeconómico confederado. Estas mujeres no conocían el lenguaje de la reivindicación de derechos ni comprendían el nacionalista. En el caso de las *esposas de soldados*, estas mujeres irrumpieron en la escena pública durante la guerra en un terreno poco transitado, el de la cultura del activismo y la deliberación para dar forma a una política (en ocasiones militar) que pensaban más les convenía. En la primavera de 1863, entre los meses de marzo y abril, cientos de esposas de soldados se organizaron para llevar a cabo más de doce ataques contra almacenes de comida, armas, depósitos de ferrocarril... Iban armadas y atacaban a la luz del día. En estas acciones –fácilmente confundibles con los clásicos

motines del pan propios del final del Antiguo Régimen o de algunos eventos de las revoluciones liberales- hubo sin embargo elementos nuevos que las hacían trascender de los fenómenos meramente sociales, y una fuerte carga cívica, pues contenían activismo y organización eficiente. Con los maridos en la guerra, las esposas eran a efectos oficiales, y con los niños y ancianos, personas *dependientes del gobierno*, lo que enfatizaba sin duda su condición de ciudadanas sin mayoría de edad. Al prolongarse la guerra se organizaron para afrontar las dificultades materiales en términos de grupo. A título individual primero, colectivo después, sin duda torpemente redactadas y con tono agrio, las mujeres escribían cartas de queja a las autoridades adoptando una vía política de auto representación.

¿Es posible que estas activistas o las camufladas de soldado fueran solo mujeres extravagantes, tal y como los primeros historiadores que se fijaron en este punto sugirieron a propósito de personas consideradas fuera de la corriente general? Fuera de la esfera privada, doméstica, cualquier mujer en su particular actividad sería considerada rara y, por no formar parte precisamente de una corriente nutrida de sujetos (las mujeres como *la mujer*), quedaría fuera del discurso histórico o, al mencionársela, lo sería como la excepción que confirma la regla. El *freakismo*, refiriéndonos al individuo que se autoexcluye de la norma teniéndolo a gala, fue no obstante una categoría usada por los observadores coetáneos o posteriores³⁰ a las mujeres disfrazadas de varones que lucharon en la guerra civil, como es el caso –ahora ficticio- de una niña de trece años camuflada de tamborilero.

*“Fue el sargento Malone quien apareció con un uniforme de tamborilero para ella. Al principio, Pearl se puso contenta. (...) tras enfundarse el pantalón y la guerrera, salió de su tienda y se plantó allí para que todos la admirasen, a pesar de que la ropa le quedaba un poco grande. Incluía también un sombrero, y botones de plata que ella frotó hasta sacarles brillo.”*³¹. *“Soy demasiado bonita para ser un tamborilero.”*³², se quejaba, coqueta, y como no supiera tocar el tambor o disparar, allí estaban los soldados – confederados- para enseñar estas destrezas al extraño jovencito-mascota de la compañía. La niña juega en su ambigüedad (hombre-mujer, negra de blanca piel) según le conviene. *“Bajo el uniforme, Pearl llevaba el vestido, con la falda recogida y atada a la cintura. Se quitó la guerrera y se sacudió el vestido para bajárselo hasta los tobillos;*

³⁰ En el contexto conservador estadounidense de comienzos de los años cincuenta, el libro de Bell Irvin WILEY: *The Life of Billy Yank: The Common Soldier of the Union* (1951), es citado en todos los repertorios al respecto por abordar la aportación de las mujeres a la guerra como un capítulo anómalo, de actitudes *raras* e *incalificables*.

³¹ DOCTOROW, E.L.: *La gran marcha*, (2005), op.cit., pp. 52-53.

³² DOCTOROW, E.L.: *La gran marcha*, (2005), op. cit., p. 53.

después enrolló el sombrero y la guerrera y los ocultó al pie del árbol. Cuando entró en el pueblo, era una muchacha negra blanca”³³

Pese a la protección de que era objeto, la niña consideraba sucios a los soldados, malolientes y descuidados en su aseo íntimo, por eso “*Pearl se bañaba cada noche con jabón duro y una palangana de agua fría en la tienda de campaña de Clarke (el teniente) mientras él montaba guardia ante la puerta. Después se iba a dormir en una tienda que él había levantado junto a la suya. Quería que los hombres supieran que ella estaba bajo su protección pero su conducta era honorable.*”³⁴

En la opinión popular, la situación del Pearl no era la habitual, pues se pensaba que ciertas mujeres soldado lo eran para atender a las necesidades sexuales de sus camaradas y que, en consecuencia, actuaban como prostitutas. También, que se trataba de inadaptadas sociales, enfermas mentales y, por supuesto, homosexuales. La reincidencia de algunas, descubiertas y reenganchadas en la tropa, asustaba a quienes documentaron sus casos, sin comprender que en algunos de ellos el ejército era la única familia que les quedaba a estas chicas, solas y sin recursos. Las unionistas hermanas Hook por ejemplo eran huérfanas y se alistaron pronto, pese a que su único hermano había muerto en combate. Frances, alias Frank, Hook fue capturada y descubierto su sexo, atendida y enviada al Norte. Esto sucedía en 1864. Pero Frances estaba sola y regresó al ejército en el que sirvió hasta el fin de la Guerra. Sería su hija quien (1908) dio testimonio de la participación de Frances en la Guerra Civil.

Bajo las dificultades materiales y el constreñimiento moral de la época, a poco que se moviesen las mujeres lo tenían difícil para no lucir socialmente *desajustadas*. Para los observadores sin embargo cualquier explicación fue óptima si excluía razones³⁵ verosímiles y que hoy juzgaríamos de sentido común. De entrada, hay que valorar el hecho de que se tratase de decisiones estrictamente personales: voluntariedad en la acción y arrojo patriótico³⁶ (fuera de los habituales cánticos de iglesia) o la posibilidad de la necesidad de huir del bastión doméstico a fin de participar como sujetos activos en la historia local; en algunos casos, vemos mujeres aún lastradas por el peso de su

³³ DOCTOROW, E.L.: *La gran marcha*, (2005), op. cit., p. 59.

³⁴ DOCTOROW, E.L.: *La gran marcha*, (2005), op. cit., p. 52.

³⁵ De por qué fueron estas mujeres a la guerra: SILVEY, A.: *I'll pass for your comrade: women soldiers in the Civil War*, New York, Clarion Books, 2008.

³⁶ El patriotismo y la valentía femenina –en el campo de batalla y en los hospitales- fue ensalzada en algunos informes posteriores a los acontecimientos, como el magnífico de BROCKETT, L. P., VAUGHAN, M. C., BELLOWES, H.: *Woman's Work in the Civil War: A Record of Heroism, Patriotism and Patience*, Boston, Zeigler & McCurdy & Co., 1867., trabajo imprescindible, exhaustivo, en el que las *ladies* son absolutas protagonistas del *trabajo de guerra*.

condición femenina, que escoltan a los varones que aman (hijos, hermanos, esposos) hasta el frente, solo para acompañarles si llega el peor de los momentos.

Tampoco puede minusvalorarse el afán de muchas mujeres por moverse, por ver mundo y, viajando, sentir la libertad por la experiencia directa de situaciones extremas. Puede que algunas evitaran matrimonios concertados o que, en un gesto de responsabilidad, se estimasen cargas económicas para sus propias familias sin recursos. Es preciso recordar que en el ejército se trabajaba y ganaba un salario que, mal que bien, era mejor que nada, una paga a la que la muchas mujeres no tenían aún acceso. Así que, libertad y autosuficiencia económica, ¿no eran acaso razones apropiadas para el engaño de las mujeres, especialmente de aquellas menos favorecidas por la suerte social? El engaño conducía a estas mujeres al mismo punto que los procesos históricos de largo recorrido (las revoluciones sociales y el feminismo), solo que de manera instantánea, algo que muchas de ellas vieron lícito y practicable.

De cualquier modo, al recuperar este tema histórico en los años ochenta y noventa del siglo XX se seguía considerando *sorprendentes* (*amazing*) a las mujeres camufladas de soldado en la guerra civil americana³⁷. Pese a la actitud conservadora de la historia a propósito de este tema aún en la segunda mitad del siglo XX, uno de los libros clásicos en la materia, *The Bonnet Brigades, American Women and the Civil War*, de Mary Elizabeth Massey (1966)³⁸ defendía no obstante que la guerra civil había sido un elemento de impulso para las mujeres americanas fuera de la domesticidad; se rompía pues y pese a que el discurso de Massey haya sido objeto de revisión, el mito romántico de las mujeres pasivas en la guerra de secesión.

El tema de las mujeres soldado sería objeto de difusión en la prensa y la literatura finisecular mitificándose ya antes del siglo XX las acciones *extraordinarias* de las mujeres en la guerra³⁹. Lo fascinante para sus coetáneos no era el engaño con respecto al sexo sino la idea de que una mujer se jugase la vida voluntariamente por un ideal civil. Pese a la ejemplaridad patriótica de estas mujeres en la visión popular, el ejército se mantuvo durante décadas fiel a su postura de no reconocimiento de la

³⁷ Aun colea el adjetivo en prestigiosas publicaciones recientes. GARRISON, W.B.: *Amazing women of the Civil War, Fascinating True Stories of Women Who Made a Difference*, Nashville, Routledge Hill Press, 1999; EGGLESTON L. G.: *Women in the Civil War: extraordinary stories of soldiers*, Jefferson, N.C: McFarland, 2003.

³⁸ Publicado por Alfred Knopf en 1966, el libro de Massey formaba parte de la obra: NEVINS A. (ed): *The Impact of the Civil War*, planificada por la *Civil War Centennial Commission* (en total unos 50 volúmenes a propósito de la guerra algunos de los cuales excluían aspectos militares).

³⁹ Frank MOORE publicó *Women of the War*, SS Scranton & Co., 1866, texto emotivo, en el que se habla con enorme reconocimiento de las heroínas de la Unión.

existencia de mujeres en el alistamiento voluntario, una posición revisada a partir de la información aparecida en los archivos⁴⁰. El peso de las mujeres en la historia de la guerra de Secesión no ha hecho sino incrementarse en las últimas décadas. La novela de Doctorow a la que hago referencia en este textp puede ser reflejo del interés popular en el tema. En sus páginas, Will, un infeliz soldado de la Confederación a punto de perecer, descargará sobre las mujeres el sentido final de la contienda civil, al preguntarse: “¿Quién queda, pues, aparte de las mujeres? Tal vez ellas lo sepan –resuelve-. (Ya que) *Ellas nos dan el ser, (...)*”⁴¹.

Madrid, 1 de junio de 2012

⁴⁰ En 1889 el Departamento de Guerra, organizó e hizo pública la siguiente documentación: *The War of the Rebellion: A Compilation of the Official Records of the Union and Confederate Armies*. En 1909 se creaba el *Compiled Military Service Records* (CMSR), que recogía toda la información de los participantes en la Guerra de Secesión, tanto en los Ejércitos Confederados como de la Unión. Además, las necrológicas en la prensa constituyen también una magnífica fuente de información al respecto, y pueden revisarse en el NARA, *Records of the Adjutant General's Office*.

⁴¹ DOCTOROW, E.L.: *La gran marcha*, (2005), op. cit., p. 101.